



IdIHCS | Instituto de Investigaciones en
Humanidades y Ciencias Sociales
Centro Interdisciplinario de Investigaciones en Género

Eje 8

Teorías y producciones artístico-co-estéticas

Coordinadoras Laura Villasol y Virginia Bonatto

Kate Millett y *Las bostonianas* de Henry James

José Amicola
Universidad Nacional de La Plata
CINIG

Debía de tener yo unos 7 u 8 años cuando mis padres me llevaron al cine de nuestro barrio a ver una comedia norteamericana que produjo entre ellos gran disputa debido a que el argumento consistía en la visión opuesta de un caso jurídico en que dos abogados, marido y mujer, debían defender desde bandos contrarios. Se trataba del film de 1949 George Cukor titulado "A dam's Rib" (La costilla de A dán), protagonizado por Spencer Tracy y Catharine Hepburn. Aunque dicha película no ha pasado como importante a la historia del cine, para mí asumió propiedades gigantescas, dado el revuelo que ella ocasionó en el seno de mi familia. No está de más agregar que inclusive los textos más triviales de la cultura de consumo pueden servirnos como trampolín para una toma de conciencia, al estilo de lo que le sucedía al molinero Menocchio quemado por la Inquisición, porque los libros de viajes de Marco Polo o Mandeville le habían abierto la cabeza al mundo. En ese momento, a mis ocho años, yo tomaba conciencia de la desigualdad entre los sexos y, tal vez también, de las cuentas pendientes que habría que saldar las próximas décadas. De más está decir que me puse del lado de las débiles del sistema, las mujeres retratadas en el film. Después supe que esa lucha también se dirimía entre los y las guionistas de Hollywood entre quienes había no pocas escritoras mujeres que empezaban a hacer sentir sus voces, aunque azucarando sus protestas como correspondía al cine que se propagaba desde Estados Unidos. Ese era el año en que se publicaba *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir, pero yo no lo sabía.

La difusión de la píldora anticonceptiva y el gigantesco incremento de la matrícula femenina en las universidades que había empezado décadas antes, la salida a la calle por la conquista de los derechos civiles, y quizás muchos otros factores conformaron la así llamada Revolución Sexual de los 60, especialmente evidente en algunos puntos progresistas de Estados Unidos (Millett 1969: 506). Veinte años después de la graciosa comedia de Cukor, yo acababa mis estudios universitarios y salía a la vida académica, cuando Kate Millett publicaba su libro titulado *Sexual Politics*, subiéndose a la misma ola de renovación que el propio texto estaba retratando. Eran los años en los que los sexólogos Master y Johnson iban desnudando el pudor norteamericano con la publicación de sus resultados sobre las conductas sexuales medias en Estados Unidos y en 1968, solo un año antes Robert J. Stoller publicaba su influyente obra *Sex and Gender*, que Kate Millett cita a partir de la página 39 de su libro, momento en que también empieza a utilizar el vocablo "gender" para reemplazar otras perífrasis de las páginas anteriores, como si acabara de leer el libro de Stoller mientras avanza en la redacción del suyo. Según Mabel Burin e Irene Meler, el propio Stoller se había apoyado en una expresión previa ("gender role") que el endocrinólogo John Money había echado a correr hacia 1955 (Burin/Meler 2009: 20 y 45). Sea como fuere, en la página 26 de mi edición de *Sexual Politics* la autora hablaba todavía del "social code of 'masculine' and 'feminine'", en la 32 nos decía que "sex is a status category with political implications" y en la siguiente se refería al tema como "our system of sexual relationship", para reafirmar en la número 35 que "temperament involves the formation of human personality along stereotyped lines of sex categories" y que se trataba, así, de un factor caratulado como "sex role, which decrees a consonant and highly elaborated code of conduct, gesture and attitude for each sex". Al toparse con

el libro de Stoller, al parecer, Kate Millett hace suyo a partir de ahí el término "gender" parafraseándolo como "personality structure in terms of sexual category" (Millett 1969: 39), y volviéndolo a usar en la página 328 en el sintagma "gender identity". Es evidente, entonces, que estamos en ese momento en pleno momento de la gestación de las herramientas que ahora utilizamos en nuestros acercamientos al tema.

Hay que decir, al mismo tiempo, que la estupenda investigación de Kate Millett pasa también revista a la historia del movimiento feminista del siglo XIX, para recordarnos la relación estrecha de las luchas de emancipación femenina con los círculos antiesclavistas que empiezan a gestarse bastante antes de la Guerra Civil, y en los que muchas activistas son justamente mujeres. En su apartado sobre "The Woman's Movement" nos cuenta que el primer "College" para mujeres nació en 1837 y que el primer encuentro feminista se realizó en 1848 (Millett 1969: 105 y 113). La autora pone, al mismo tiempo, el acento en la conquista de una educación cada vez más ampliada en los Estados del Norte, para retratar asimismo los ecos de la polémica en autores a favor de la liberación femenina como John Stuart Mill o Engels, que fueron claves en la lucha por el sufragio.

A hora bien, en cuanto a las manifestaciones literarias, el texto de Kate Millett es original en su ordenamiento conceptual, en tanto encuentra tres líneas de fuga en la representación de la disputa social sobre el lugar de la mujer en la sociedad a partir de lo que nos dicen las plumas masculinas durante el controvertido siglo XIX. Así hallaríamos, en primer lugar, los autores reformistas, que miraban con simpatía la causa femenina; luego, los escritores agrupados dentro de un difuso código caballeresco que representarían el ala conservadora y se manejaban dentro de parámetros de añoranza por un regreso a situaciones idílicas anteriores de entendimiento entre los sexos, con la mujer como guardiana absoluta del Hogar. Por último, sin embargo, habría toda una línea al final del siglo XIX de autores que echarían mano al viejo mito de la maldad femenina, en el que la mujer aparece como la tentación al pecado y la culpable de la ruptura del equilibrio social bajo el mito de la "femme fatale". La ironía de este cuadro es que sus tópicos pueden en algunos momentos aparecer combinados, de tal modo que:

Reforming novels were also full of chivalrous sentiment, even given to optimistic assurances that the unpleasantness they described was unique or exceptional and could be solved by love alone. (Millett 1969: 182).

En sus aproximaciones a los textos literarios la metodología de *Sexual Politics* está basada en un análisis del discurso combinado con una crítica de la ideología de género de los escritores varones (a veces contrastados con textos de autoras). Ese modo de proceder implicará detectar en los autores elegidos una postura pre-determinada por prejuicios de género que echan, en rigor, sus raíces en formas anteriores de pensamiento y que son, en definitiva, las mismas argumentaciones de rechazo a la aparición de un nuevo tipo de mujer como se producía en los primeros momentos de la lucha por la emancipación. Es de notar, que, a pesar de su devoción por la novela, la autora haya dejado de lado en sus análisis la rica producción paralela a las luchas de la primera hora como son los textos de un novelista de garra como Henry James (1843-1916). Mi ponencia trata de llenar ese casillero libre en el libro de Kate Millett, porque la novela de este autor a la que voy a referirme es sumamente sugerente.

En efecto, *Las bostonianas* de 1886 arroja múltiples interrogantes para nuestra época actual, porque retrata las luchas feministas de la primera hora en las ciudades de Boston y Nueva York, pocos años después de terminada la Guerra Civil. No es un dato menor que Ibsen haya estrenado en Noruega siete años antes su "Casa de muñecas" que para Kate Millett es la fecha que puede entenderse como la explosión de la Revolución Sexual del siglo XIX (Millett 1969: 214-215). En *The Bostonians* de Henry James Oliver Chancellor, la feminista erudita, conocerá por casualidad a Verena Tarrant, hija de un hipnotizador, y quedará prendada de las virtudes potenciales para la militancia de esa hija de las clases inferiores, hasta adoptarla con el objetivo de prepararla para esa lucha. Sin embargo, el primo de Olive, Basil Ransom, proveniente de los Estados del Sur se interpondrá en esta ostensible relación inter-femenina. Basil terminará por obstruir no solo la relación entre las dos mujeres, sino también toda posibilidad de que Verena continúe con su misión en pro de los derechos de la mujer, al declararle su amor y ofrecerle matrimonio.

Citaré ahora uno de los primeros encuentros entre los futuros amantes, en la que la voz masculina de la reacción se hace escuchar del siguiente modo:

-Oh, supongo que no se propondrá usted destruirnos por omisión, por silencio- exclamó Verena con el mismo brillo.

-No, no quiero destruirlas, pero tampoco quiero salvarlas. Ya se ha hablado demasiado sobre ustedes, y por mi parte deseo dejarlas en paz. Lo que me interesa es mi propio sexo; el otro es evidente que puede arreglárselas por su cuenta. Es al mío al que quiero salvar.//

-Salvarlo de qué- preguntó ella.

-¡Del más formidable afeminamiento! Estoy muy lejos de suponer, como sostuvo usted la otra noche, que la mujer no interviene lo suficientemente en la vida pública, que se la ha relegado durante demasiado tiempo a la casa; yo creo que interviene demasiado. Toda la actual generación se ha afeminado; el tono masculino está desapareciendo de este mundo; vivimos en una era femenina, nerviosa, histérica, charlatana y estúpida, una era de frases vacías y falsas delicadezas, excesivas preocupaciones y sensibilidades enfermizas, y si no le ponemos un freno inmediato culminará en el reino de la mediocridad, el más insulso, pretencioso y anodino que haya existido jamás. El carácter masculino, su capacidad para arriesgarse y soportar, conocer y a la vez no temer la realidad, mirar al mundo cara a cara y tomarlo por lo que es, una mezcla extraña donde abundan los peores elementos, eso es lo que quiero preservar, o más bien, restaurar; y puedo decirle que no me importa nada lo que les ocurra a las mujeres mientras yo libro mi batalla.

(Henry James 1886: 393-394; traducción de Sergio Pitó)

The Bostonians va a colocar el sociolecto de la primera ola del feminismo enfrentado, como se ha visto, al discurso masculinista conservador, un discurso que parecería algo fuera de lugar para oídos modernos, si no fuera que, como lo investiga Kate Millett, se encuentra todavía en la ideología de un puro norteamericano como es Norman Mailer (Millett 1969: 162). El alcance de la formulación antifeminista de Basil Ransom Lo interesante de este choque de discursos es que el deseo sexual que atraviesa la novela de James, como en pocas ocasiones dentro de su producción, va a tener la voz cantante, de modo tal que Verena Tarrant va a terminar hipnotizada por el poder fálico y a huir de cualquier otra misión emancipatoria a la que parecía estar llamada. No es un dato menor que este personaje haya pasado de la tutela paterna (el hipnotizador mesmeriano) a sufrir el hechizo de un llamado sexual, el de Basil Ramson, cuyo apellido con un ligero cambio (Ransom) podría significar “rescate, redención”. Verena aparece así domesticada, en todo el sentido de la palabra “domus”, gracias a la energía masculina que se da en la novela como la fuerza definitoria. Del lado opuesto, la extraña atracción de Basil Ramson por la *leader* feminista habría nacido del hecho de que ella le brindaría al personaje masculino la posibilidad de subyugar (es decir de poner bajo su yugo) a una mujer brava y colocarla bajo su égida, aunque no tenga más capital para la empresa que su potencia fálica. La mujer perorante y pública aparece como el escándalo de la naturaleza que es necesario corregir. Su verborragia ha sido originada por un acto de exorcismo espiritista que la coloca en la situación similar de una médium, que habla por boca de otros. En el caso de la novela de James, el fuerte triángulo se forma desde el principio entre la adoptada Verena Tarrant, su protectora Olive Chancellor y su raptor Basil Ransom. La cuestión de la formación de tríos podría ligarse, si se los ve como mecanismo energético para la recomposición de las figuras que encontrarían su conclusión en el dúo, con otro elemento compositivo que es el uso de la técnica melodramática, de modo de provocar que esa energía producida por la inestabilidad del número tres se revoque gracias al escándalo público. Que el melodrama y la energía triádica tienen que ver, en mi opinión, con la concepción de un tipo de mujer hipersensible y de fácil excitación morbosa, como se la imaginaba el Higienismo del siglo XIX, no hace más que corroborar en que medida los elementos compositivos se funden con los ideológicos, en este caso con la ideología de género (sexual). Recordemos, sin embargo, una aseveración de George Steiner que será necesario matizar. En efecto, el crítico inglés ha sostenido que: “... it is James’s resistance to melodrama which achieves a sense of persuasive reality” (1960 177).

Esta oposición es ciertamente correcta cuando se hable del James maduro, por ejemplo en su novela de 1904 *The Golden Bowl*, en la que la esposa es premiada desde el discurso de los co-protagonistas y por el mismo narrador, al ser descrita como mujer de gran templanza y genialidad, porque al descubrir el largo engaño de su marido con su mejor amiga, reacciona dándole un beso de perdón a su rival y recomponiendo su matrimonio. Sin embargo, en *The Bostonians* las cosas eran todavía diferentes: el melodrama se sale aquí por todos sus fueros sin discreción ni flema que valga. La veta melodramática se manifiesta especialmente en el desenlace que es carnavalesco y también un real *coup de théâtre*. Basil Ramson consigue sacar a Verena Tarrant del auditorio atestado que espera su alocución feminista sin que ella llegue a dirigir la palabra a su público, gracias a la imantación que el personaje varón ejerce sobre ella. Según Peter Brooks en su libro sobre el melodrama Henry James cultivaba este recurso en sus obras de la juventud y todavía participaban de ello algunas novelas de la fase intermedia como *The Bostonians* (Brooks 1976: 156). Por supuesto para Brooks esto se nota especialmente en el desenlace de la fuga de Verena Tarrant de su papel de conferenciante feminista, raptada por el hombre que ama y que le impide hablar (158). Toda la personalidad de su contraparte, Olive Chancellor, por otro lado, según el mismo crítico estaría basado en el modo en que James reconoce en su personaje su capacidad para ser perversa y desequilibrada (“perverse and unbalance-d”), algo que estaría concentrado en el motivo de la renuncia, según se anticipa en la devoción de Olive Chancellor por una máxima, tomada de Goethe: “Entsagen sollst du, sollst entsagen” (170), una manera todavía discreta de representar el lesbianismo en la era victoriana.

Si Kate Millett, por su parte, nos hablaba de la enorme pujanza de los grupos abolicionistas femeninos que tienen su primera asamblea ya en 1937 y del modo en que el feminismo norteamericano se gesta a partir de la

lucha contra el racismo, tenemos en la novela de Henry James amplia prueba de esa conexión. Sin embargo, lo que James no nos ofrece, en tanto su postura sería la de un reformismo caballeresco (como simbiosis de dos de las líneas descubiertas por Kate Millett), la solidez de la lucha contra la injusticia. Sus feministas son una sarta de locas sin sustento cabal ni en la filosofía ni en la historia. Por ello, podemos preguntarnos en qué medida esta novela de Henry James saludaría o no con regocijo la aparición de una autonomía femenina.

La verdad es que no siempre las fábulas de resistencia -como parece serlo la historia que retrata *Las bostonianas-*, son realmente resistentes, aunque lo parezcan, pues como nos dice Nora Domínguez:

El descubrimiento de la desviación, la anomalía, la rebeldía y la resistencia, en general, parece vestirse trajes de fiesta y cuando esta última se lleva cabo el primer invitado feliz es el responsable de haberla detectado. Pero no todas estas fiestas se realizan de acuerdo con auténticas celebraciones. No siempre hay tanta resistencia que festejar, a veces no es más que un sutil engaño que proviene de la aplicación de este tipo de mirada (1998: 201).

Bibliografía

- Brooks, Peter (1976) *The Melodramatic Imagination, Balzac, Henry James, Melodrama, and the*
(1995) *Mode of Excess*, N.Haven/Londres, Yale University Press, 19
- Burin, Mabel/Meler, Irene (2009) *Varones. Género y subjetividad masculina*, Buenos Aires, Librería de las Mujeres, 2ª. Edición revisada.
- Domínguez, Nora/Carmen Perilli (comps.) (1998) *Fábulas del género. Sexo y escrituras en América Latina*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora.
- Millett, Kate (1969) *Sexual Politics*, N.York, Ballantines Books, 1978.
- James, Henry (1886) *Las bostonianas*, Barcelona, Mondadori, 2006. [Traducción de Sergio Pitol].
- Steiner, George (1960) *Tolstoy or Dostoevsky. An Essay in Contrast*, Londres/Boston, Faber and Faber, 1989.